

Los pecados capitales en el ferrocarril



Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

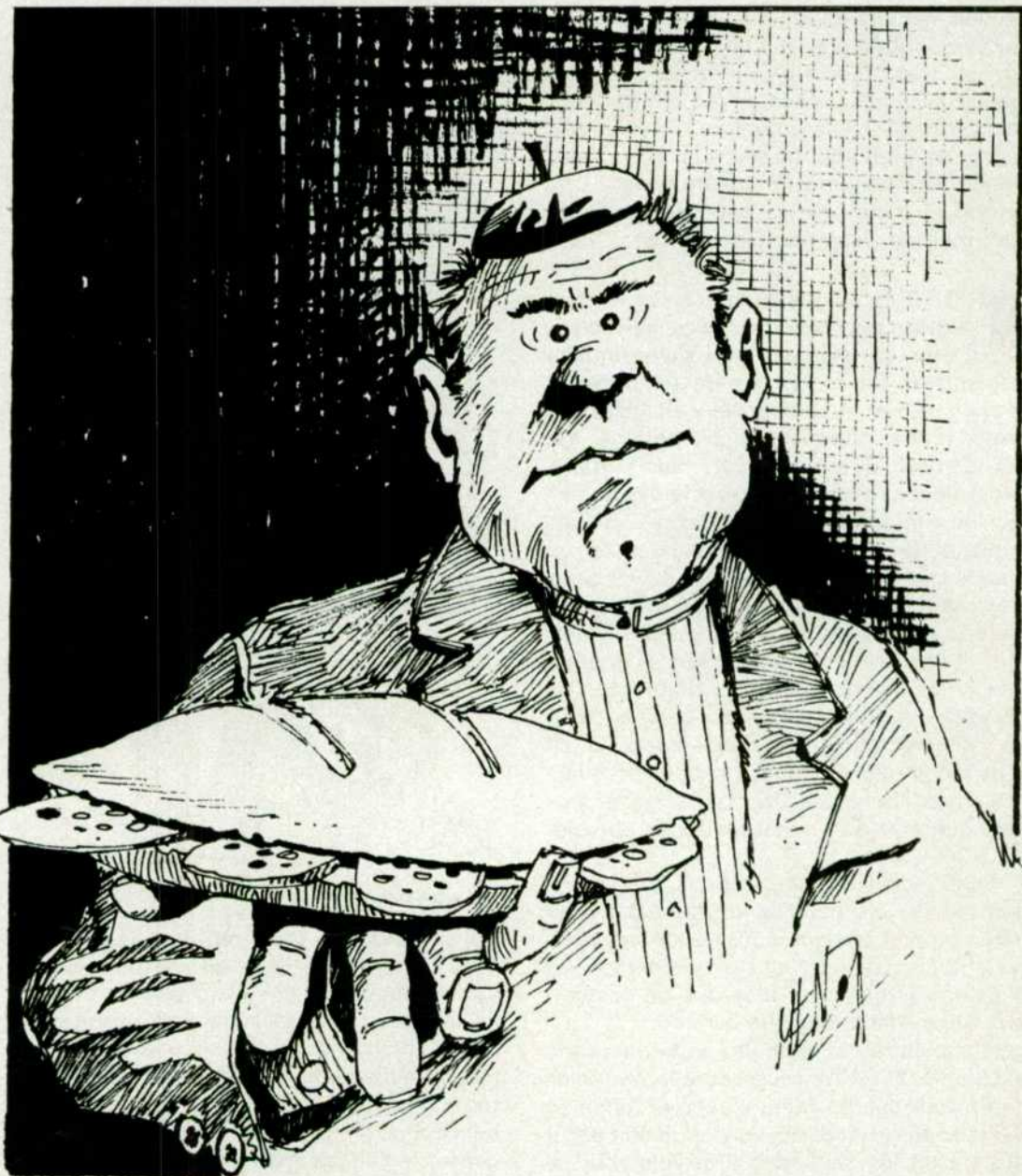
6. LA AVARICIA

● FRECIO recelosamente lo que llevaba a los viajeros y, contento porque no aceptaban, acabó comiendo hasta la última migaja". Cito de memoria el párrafo de una obra de Fernández Flórez en donde menciona una excepción en la normal actitud española en un vagón de ferrocarril; la hora de la comida, uno de los momentos en que la avaricia está más lejos de la imaginación de nuestros compatriotas, como ya indicamos al hablar de la gula. Este personaje del novelista gallego resulta algo diferente, como lo era el personaje catalán de la obra de Palacio Valdés, "La hermana San Sulpicio", que sostenía que el gran pecado de la sociedad española era la propina. ¿Para qué dar propina? "En mi tierra tomo un café, digo: '¿Cuánto es?'. Contestan: 'Un real' (¡qué tiempos!), pues pongo el real en el platillo y me voy".

La avaricia hay que buscarla así un poco con ganas de encontrarla, porque normalmente no existe en la sociedad española y por ello es difícil que aparezca en un vagón de ferrocarril, que es como un microcosmos de esa misma sociedad.

Tanto que la única prueba de esa avaricia comestible que yo haya encontrado en mi larga vida viajera se debió a un conocido escandinavo con quien coincidí en verano desde Algeciras a Madrid en el coche-cama. Nos reconocimos y nos saludamos en el pasillo del vagón, hablamos, como es lógico, de la triste necesidad de realizar un viaje a Madrid a enfrentarse con el calor cuando tan rica y frescamente se estaba por entonces en la Costa del Sol. De pronto, alguien cercano preguntó al revisor qué pasaba, si había coche-restaurante en el tren, y éste le dijo que no, como ocurría entonces; lo pusieron más tarde en esa línea.

—¿Has oído? —me preguntó el nórdico—, no hay vagón-restaurante —pareció



... Ofreció, recelosamente, lo que llevaba a los viajeros.

decirlo con cierta pena y le tranquilicé. Yo lo sabía y mi mujer me había preparado vituallas y una botella de vino. De acuerdo con su costumbre, me había puesto mucho, y le aseguré que podíamos compartirlo sin problemas. Se sentó en mi departamento, saqué la bolsa, corté el pan y le abrí el envoltorio, que contenía jamón, sobrasada y queso. Empezamos a comer con gusto mientras velamos deslizarse por la ventanilla las montañas que dominan la costa andaluza por aquella parte, mientras bebíamos tragos del buen vino (los vasos, ya se sabe, se sacan del arquilla que se encuentra encima del lavabo). Comimos y bebimos alegremente, y cuando terminamos, él, levantándose, me dijo lo siguiente:

—Bueno, te dejo. Me voy a comer la cena que me han preparado en casa.

Y se fue tan tranquilo. Mi patriotismo no llega nunca al patrioterismo, como sabe quien ha leído "El español y los siete pecados" y "Otra historia de España", pero en casos como éste me atrevo a asegurar que es muy difícil, por no decir imposible, que exista un español capaz de faena similar. Recuérdese que en el caso extremo pintado por Fernández Flórez, al fin y al cabo obra de un humorista, el viajero "ofreció" (aunque fuera con la boca chica, pero ofreció) parte de su comida y si se la hubieran aceptado se habría desprendido de ella, con gran dolor de su corazón, pero lo hubiera hecho. Otra actitud en este país es impensable. Tenemos muchos defectos, pero no éste.

TANTO es así que cuando en el tren hay alguien que deja de ir al coche-restaurante, por ejemplo, casi siempre tiene que utilizar un pretexto para no moverse cuando se oye la campanilla y el: "¡Restaurante, primer turno!" por los pasillos. Yo, por ejemplo, al menos no he oído jamás a nadie decir: "Yo no voy al restaurante porque no me apetece gastar dinero". No. La mayoría de las veces se defienden de un ataque que nadie ha hecho con expresiones que pueden ser: Sofisticado: "A mí la comida del restaurante no me apetece". Enfermo: "Estoy a dieta, ¿sabe usted?, y tengo que tener mucho cuidado". Dietético: "He decidido suprimir la cena para bajar unos kilos". Aristocrático: "No me apetece ir; en esos sitios públicos nunca sabes con quién te sientas". Perezoso: "No voy, tengo entendido que el vagón-restaurante está muy lejos".

Esos individuos son los que en general aprovechan las paradas en las estaciones para comprar cualquier cosa a los vendedores ambulantes, pero en esas circunstancias el avaro sufre mucho más que de costumbre. Ahí es nada. Hay que dar el dinero y esperar, mientras el vendedor está buscando el cambio. El avaro, asomado a la ventanilla con medio cuerpo fuera y aunque tenga en sus manos el bocadillo, va viendo con terror que pasan los segundos y el vendedor no acaba de encontrar entre sus mil bolsillos



"Bueno, te dejo. Me voy a comer la cena que me han preparado en casa"



... Le parece la más torpe mano del mundo.

las pesetas que tiene que devolverle... y a veces interrumpe la búsqueda para entregar otro bocadillo al viajero de la ventanilla de al lado. "Ya podría haberse despertado antes", murmura por lo bajo el avaro, mientras mira fijamente a la que le parece la más torpe mano del mundo para animarla en su busca. Por fin, ¡ay!, con un suspiro de descanso, recibe las monedas y se retira a su rincón a contarlas, mientras el tren se pone

en marcha. "¡Si me descuido por un momento! —piensa—. Lo hacen adrede; seguro que lo hacen adrede para ver si el tren arranca y pueden quedarse con la vuelta".

Durante largos años, muchísima gente usaba el tren porque tenía pase de libre circulación, y entre ellos estaban los militares, una curiosa excepción en Europa. Nuestro Fernández Flórez (traído a menudo a colación porque observaba a fondo la gente de los trenes) sostenía que esto se debía a un acto de avaricia del Estado, según él, dándoles esos pases animaban a los oficiales a viajar mucho, y, al hacerlo, su sentido profesional les obligaba a ver el paisaje no como un simple conjunto de montañas, valles, llanuras, ríos y lagos, sino como un espacio donde desarrollar una posible guerra. "Para defender ese puente habría que tomar posiciones en el ribazo...; esa colina es un buen observatorio para la llanura circundante, sería necesario fortificarla inmediatamente tras la ocupación...; la carretera va muy paralela a la vía férrea, hummm, resulta demasiado fácil cortar ambas comunicaciones". Con eso, aseguraba Fernández Flórez, los militares hacían prácticas mentales continuamente y el Estado se ahorra el gasto de unas maniobras auténticas.

EN un ferrocarril peruano presencié dos ejemplos de avaricia, y en ambos casos los avarientos quedaron desconcertados ante la reacción ajena. Ibamos de viaje desde Cuzco a Machu Pichu; es un tren delicioso que va subiendo como un mulo la difícil cuesta; es decir, trazando con su paso un zig zag para que la pendiente, al tomarla sesgada, sea más cómoda. Igual hace el

tren, aunque, como no se puede volver, va avanzando y retrocediendo a medida que sube. En una de las paradas había un puesto de mantas y otros objetos de artesanía que atendían —calladas, tranquilas, inmóviles— unas mujeres indias. Los turistas curioseaban, y de pronto un niño con grandes ojos negros se dirigió a una norteamericana mayor y le tendió una flor. La avaricia latente de la viajera le hizo rechazar destempladamente lo que temía iba a ser un gasto que no le apetecía. “¡Déjame en paz, niño!”. “¡No quiero comprar nada!”. Y el niño, con una sonrisa, dijo: “Señora, yo sólo quería regalarle esta flor”. El niño se fue y la señora se quedó avergonzada.

El segundo acto de avaricia de ese viaje lamentó tener que decir que me tuvo a mí como protagonista. En la visita a las antiguas y fabulosas murallas de Cuzco habían aparecido unos jóvenes sacando fotografías de los viajeros. Cuando el tren salía para Machu Pichu aparecieron de nuevo en la estación y, con exquisita cortesía, me mostraron la fotografía revelada en que yo aparecía. “¿Cuánto es?”. “Veinte soles”. En una de las pocas veces que me ha pasado, el demonio de la avaricia me susurró al oído: “¿Por qué vas a pagar lo que te piden? Están en tu poder. Si tú no la compras, ¿qué futuro tiene esta fotografía tuya? Sólo les queda tirarla después de haber gastado tiempo y material en ella. Ofréceles diez soles. Ya verás cómo aceptan encantados”.

Así lo hice con aire desdenoso, seguro de mi fuerza. Los jóvenes insistieron amablemente que eran veinte soles. Yo volví a ofrecerles diez. ¿Como no iban a dármela?, ¿qué iban a hacer con ella?

No sé lo que hicieron con ella, pero desde luego, tras denegar cortésmente, se la llevaron. Y yo me quedé sin la fotografía y además con un tremendo remordimiento por mi avaricia, que me había obligado a recibir una lección de generosidad y señorío por parte de dos “cholos” de las montañas peruanas. Muchos años después, todavía me arrepiento.

Naturalmente, el intentar ahorrar no obedece siempre a tacañería. Hay quien deja de pagar el tren por pura necesidad, tal como aquellos “maletillas” que, según nos contaban hace años, recorrían los vagones siempre por delante del revisor hasta que ya, viéndose acorralados, rogaban el auxilio de los viajeros para esconderse. Dado que siempre ha despertado simpatía en el pueblo llano la hazaña de esos muchachos llenos de vocación y fe que van por los pueblos de España dispuestos a abrirse camino en el difícil y peligroso arte de Cúchares, esa petición de ayuda casi siempre era bien acogida. Los “maletillas” se tendían debajo del asiento corrido de un vagón y encima de ellos se colocaban las señoras más gordas que se encontraban entre los pasajeros. Una señora gorda significa una falda muy ancha, con lo cual se cubren todas las perspectivas posibles de la vista del revisor. Cuando, pa-



“Para defender ese puente, habría que tomar posiciones...”.

sado el peligro, éste se retiraba, el “maletilla” salía de su escondrijo, daba las gracias más efusivas a la señora que le había protegido y le juraba que cuando fuera célebre le brindaría un toro en la plaza que eligiera.

ESA, naturalmente, era necesidad, no avaricia y, por lo tanto, resultaba simpática a la gente. Obsérvese, en cambio, la irritación del personal cuando el viajero bien portado, con aire de persona pudiente, dice que no encuentra el billete y empieza a registrarse bolsillo tras bolsillo, asegurando al revisor que lo ha perdido porque estaba seguro de haberlo comprado. El revisor permanece impassible porque conoce la historia desde hace mucho, pero está dispuesto a darle al sospechoso todas las ventajas hasta que prueba completamente que el billete no se encuentra..., sencillamente porque se ha negado a comprarlo confiando en su buena suerte. Pero mientras el revisor espera, los compañeros del viajero cogido

en falta intercambian guiños, sonrisas y aun comentarios en voz alta. “Perdido..., perdido...”, murmura alguien; “Sí, sí, perdido...”. Causa cierta irritación en España el individuo que se cree superior, el que se “pasa de listo” y, mientras los demás han pasado disciplinadamente por la taquilla, ha creído poder evitarse ese gasto que evidentemente considera excesivo. Obsérvese que el español, en principio, está siempre al lado del individuo contra el ente público, pero en este caso, si el sorprendido intenta manifestar su descontento con la multa que le han impuesto, no encontrará ningún eco entre sus compañeros de viaje. Habiendo pagado cada uno de ellos, les parece petulante y sin gracia la actitud del moroso.

La tacañería en el tren se pone de manifiesto entre los que cruzan las fronteras, donde hay siempre un ejemplo de avaricia mínima y casi siempre ridícula. Es la que se muestra al intentar pasar de contrabando una cosa comprada fuera a veces por poquí-

sima diferencia de precio con el del interior, avaricia que se paga con la angustia con que se ve al aduanero pasear la vista por el equipaje, y mucho más cuando señala definitivamente:

—Abra esa maleta, por favor...

—¿Esta?, pero si yo..., si no llevo nada...

Todo el que dice eso con ese tono está llevando algo que ha comprado fuera. Quien tiene la conciencia tranquila abre de golpe su equipaje en cuanto llega el aduanero para mostrar su contenido. (En algunos casos,

aparte del inocente, hace eso también el cínico, el que sí lleva contrabando por valor de varios miles y juega una carta audaz, un "farol" que dicen en póker, al intentar convencer al inspector que si lo muestra es porque no tiene nada que declarar, lo que generalmente funciona: "Vale, puede cerrar".)

Pero el otro... "¿De verdad quiere que la abra? No sé dónde tengo la llave..."; el inspector está cada vez más atento a sus movimientos. Abre la maleta, la mano del funcionario se desliza por entre la ropa, saca la bo-

tella de perfume, las medias...; el otro está pálido, la avaricia le aconsejó ahorrarse diez y ahora va a tener que pagar cien. Como casi siempre, la avaricia no es negocio.

LOS avaros por antonomasia entre los chistes del mundo son los escoceses y los judíos. De acuerdo con esta fama era la anécdota que me contaron, asegurándome que era totalmente cierta. La escena, en una estación de ferrocarril. Hay dos judíos con su gorrito característico en la coronilla y dos árabes que les observan entre curiosos y enemigos; ninguno de los cuatro, evidentemente, tiene demasiado dinero; son jóvenes estudiantes, con más ganas de ver mundo que medios para proporcionárselo, dispuestos a pasar el día en una villa turística. Los árabes observan que los judíos llegan a la taquilla y toman un solo billete. ¿Viajará uno solo y el otro se irá acompañarle? Les siguen y comprueban que ambos suben al tren. ¿Cómo es posible? Deciden seguir espíandoles y suben tras ellos, sentándose cerca. De pronto se oye al revisor en el principio del pasillo; los dos judíos se levantan de golpe y salen por el otro lado; los árabes les observan de lejos y ven que entran en el lavabo los dos juntos y cierran la puerta. El revisor, como es su costumbre para cazar a los pícaros, al llegar a su altura golpea la puerta del lavabo diciendo: "¿Billete, por favor?", y los árabes ven asombrados cómo aparece por debajo de la puerta el único billete que tenían los dos. El revisor lo coge, lo examina, lo taladra y vuelve a deslizarlo por debajo de la puerta. Los otros se quedan fascinados; por un momento están a punto de denunciar a los judíos escondidos, pero luego recapacitan. "Del enemigo, el consejo", se dicen. Es una buena idea y no hay que alertar al funcionario de su posibilidad. Ellos harán lo mismo al regreso.

Al anochecer, después de la visita turística, los cuatro coinciden de nuevo en la estación para dar la vuelta, pero esta vez los judíos, que habían notado la vigilancia, son los que a su vez observan a los árabes cuando éstos se dirigen a la taquilla y sacan sólo un billete. Los judíos se miran. "Han aprendido la lección", comenta uno. "Sí —dice el otro—, pues ahora aprenderán otra". Los judíos toman de nuevo un solo billete, entran en el tren y se sientan cerca de los árabes. De pronto, uno se asoma al pasillo y dice en voz alta: "Mira, ahora viene el revisor. ¿Tienes los billetes a mano?". Al oírlo, los árabes salen corriendo y se meten en el lavabo. Entonces, uno de los judíos se acerca a la puerta, llama y dice: "El billete, por favor". El "ticket" aparece por debajo de la puerta; el judío lo toma y se sienta tranquilamente con su amigo, cada uno con su billete legal, a espera a que llegue el verdadero inspector, que, cuando un poco más tarde llega, se encontrará a dos pasajeros tirándose de los pelos sin un solo billete que presentar... ■ F. D. P. Ilustraciones de MENDOZA.



"Señora, yo sólo quería regalarle esta flor...".